

Transgresiones de la sensibilidad

Biela para cigüeñas de motor de combustión



que era lo que por respeto a la tradición se daba por sentado según el código de buenas conductas que regía en nuestra comunidad debían buscar los meritorios, los recién llegados que aspirasen a labrarse un porvenir para, una vez bien situados y con su credencial de persona respetable en el bolsillo, echar a andar pasillo adelante por el ancho mundo que se extendía ante los ojos aun somnolientos y un poco enrojecidos del cuitado abarcando, en toda su extensión, el espacio comprendido entre el tiempo que se



perdiera sin saberlo y la paz que se encontrara al darse de manos a boca no ya con las esperanzas desmedradas y marchitas — que con eso ya se contaba, con los dedos los unos y con gran profusión de detalles pintorescos los otros — de los que regresaban exhaustos sino, mucho más inesperado, con la convicción absoluta, serena, que no altiva, amable y bondadosa, segura de sí misma, de mirada enigmática pero sonrisa afable que, desde su silencio { apenas roto por un leve quebranto de cualquiera de las normas más elementales y, por tanto, exigentes y despiadadas, demandantes de ser cumplidas a rajatabla y sordas, como tapias — fueran, a elección del concursante y pasando por alto el entender (o no entenderlo, pero para eso ya estaba la clase de Filosofía y su Lógica que si no del todo aplastante sí resultaba para la mayoría de los asistentes pesadísima) qué tipos de vidas o de muertes pudieran darse (o quitarse) “detrás” o “junto a” unas u otras, de cementerio o de convento pudiendo, en tal caso, decantarse por benedictino o trapense o de clausura—, a ruegos y a preguntas y a toda explicación que pretendiera dárseles así, de cualquier manera y sin la presentación y el envoltorio adecuados para ser, como todo el mundo estaría a aquellas alturas debidamente informado, ofrecida no a modo de cohecho con papel celofán y muchos lazos — error en el que caía prácticamente a diario una treintena, y a veces más, de (a partes iguales si había suerte y el total daba par) descuidados e ignorantes — sino como regalo seleccionado con esmero atendiendo a los gustos y a la sensibilidad del destinatario } cuyas respectivas quietudes daban alas a nuevas, apenas incipientes, prometedoras recién nacidas esperanzas.